



Braulio Arenas:

LAS VENTANAS DEL LABERINTO

Por Alfonso Calderón.

Quizás si Braulio Arenas siga habitando en el interior de un cuadro de Rubens — como alguna vez quiso —, pero no rechazaría perderse en un interior de alguno de Giorgio de Chirico, o en la calle sórdida convertida en región paradisíaca, con ángeles neorrealistas, dentro de un film de Chaplin, o a lo mejor le gustaría recaer en el viejo éxtasis infantil de demorarse largamente examinando las fugaces siluetas "de unas mujeres de fuego, mujeres de tez muy blanca y de profundas ojeas", capaces de desafiar los riesgos, como Perla White, y de languidecer entre voluptuosas que se perdían en los brazos de los amantes, como Theda Bara, o mirar "huérfanos azotados por el viento de la tempestad", al modo de Lillian Gish. Así era parte de la vida en La Serena, en 1927, y él tenía 14 años. Matában a Sacco y Vanzetti, por anarquistas, en Estados Unidos; y Lindbergh, en "El Espíritu de San Luis", cruzaba el océano.

¿Qué de cosas ha contado! Por cierto, le gustaría haber vivido en los días de la crucifixión de Jesús, para asistir a ella, perdido entre el público. Admirar, una vez más, las hazañas de Amadís de Gaula y de Rolando; amar a Genoveva de Brabante, o quizás a Mariana Alcolorado, la monja portuguesa; ver correr la sangre de los protagonistas de una tragedia isabelina; quedarse aterrado en una habitación de alguna novela del marqués de Sade, como testigo del sufrimiento de Julieta y de su virtud.

PETORCA Y EL SURREALISMO

Le atraerón los lugares milicos y los que no lo son, pero podrían llegar a serlo: Petorca, el lago Budi, el castillo de Kafka o el de Otranto, y las mismísimas moradas interiores de Santa Teresa; tal vez las piezas casi movedizas de las casas mentales propuestas por el cine expresionista alemán. Acerca del traslado, no tiene problemas, porque le dijo una vez a Jorge Teillier que "su medio favorito de viaje era la cama".

Testigo de lo moderno, no teme embarcarse hacia la Edad Media, y podrá permitir la coexistencia pacífica entre Josephine Baker, con su cinturón de plátanos, y las heroínas de los poemas medievales, en medio de filtros de amor o poemas peligrosísimos y extraños; entre Jack Dempsey y los juglares españoles. En el campo magnético de la memoria, la sonrisa moribunda en torno de personajes y sucesos. Pierda seriamente cosas tan notables como éstas: "Aunque no ha quedado ningún retrato de él, supone-

Con traje oscuro y una flor arrancada de los patibulos, Braulio Arenas querrá unir el Canal de Chacao con la Ciudad de los Césares, y París con Utopía, mientras toma las piezas del ajedrez y propone tablas a la Muerte.

mos que Matusalén debería tener un aspecto extraordinariamente juvenil, pues cuando había cumplido 578 años, nadie le echaba más de 342".

¿Qué exaltación crítica ante las glorias de "lo moderno", que siempre está dejando de serlo! La mimocidad del pasado: "el traje corto de las mujeres, la melena a lo garzón, los cigarrillos turcos, las boquillas de treinta centímetros, la práctica de los deportes, las quimónicas, el cemento, el salto alto, los empujados, los ejecutivos, la teoría de la relatividad, los cow-boys, los rascacielos, el psicoanálisis, la montaña mágica, las reinas norteamericanas de las selchichas, los príncipes arruinados, los grandes ventanales a lo Mondrian, los fetiches africanos, los rayos X, el ballet ruso, los gangsters de Chicago, los automóviles de carrera, los tristes, los divorcios, el urbanismo de Le Corbusier, el charleston, el tiempo perdido de Proust, el gramófono, la radio, Rodolfo Valentino, el teléfono, el tango, el Ulises de Joyce, las actrices de cine, las quiebras de los banqueros".

El hechizo del surrealismo, la aventura de la mente, la escritura automática, los sueños y delirios, la magia, el azar, los actos alternativos lo llevaron a cambiar los colores del cristal con que se mira. Así surgió en Chile la Mandrágora, uniendo a Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres, Teófilo Cid. Y la exposición de 1941, en la Biblioteca Nacional (el director, Gabriel Amunátegui —cuenta la leyenda—, les pidió que no llevaran jirafas o elefantes para evitar disturbios), introdujo el arte del collage que abrió las zonas de la imaginación a los espectadores.

LAS MASCARAS

Arenas asegura —en un artículo publicado en la revista *Leit Motiv*— que, en 1938, había comunicado a Gómez Correa, a Cid y a Cáceres las razones esenciales de la búsqueda de la Mandrágora, entre las cuales figuraban "la intransigencia frente al modo; la búsqueda experimental de la poesía, la resolución dialéctica de los opuestos de bien y mal", entre otras. No era fácil mantener los principios. "Se nos ha tratado de silenciar por el terror y por el hambre —dice—; se nos han cerrado los periódicos, las revistas y las editoriales. Nuestras conferencias terminaban a bofetadas. Se nos denunciaba a la policía". Sin embargo, convenía en no desanimarse, pues no era lícito postergar "la investigación de la parte tenebrosa, de la parte insólita, de la parte gratuita,

Ultimo bastión del surrealismo (¿será verdad después de todo lo que pasa?). Braulio Arenas pasea por una plaza. Imagínese.

El Nueva York de Enrique Lihn [artículo] Juan Andrés Piña.

Libros y documentos

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Nueva York de Enrique Lihn [artículo] Juan Andrés Piña. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile